

Historias Pandémicas- A B S T I N E N C I A

Daniela Buendía Silva

Si hay algo peor que estar en cuarentena, es estar en cuarentena con el corazón roto, leí al final de esa cinta de imágenes y dibujos en pleno encierro. En una página de internet que tenía una fila de historietas sin mucho sentido que me compartió Juan. Si Juan, mi amigo de Boyacá que siempre me dice que la tusa es mi estado natural. Ese psicólogo incondicional que hace las veces de figura paterna moralista pero que en esta ocasión solo me alivió el sentimiento de pérdida con la siguiente frase: *Dani, el mundo siempre tiene formas raras de conspirar.*

La última noche que nos vimos con Jorge, mi expareja, la pasé en vela. Me palpitaba el corazón. Mi cabeza no paraba de dar vueltas sobre ese virus asesino que en un abrir y cerrar de ojos colmaría toda o casi toda nuestra vida. Quizás era un presagio de lo que vendría. No, no era sobre ese virus asesino que con su extraña forma de biopoder nos iba a someter a un encierro involuntario en un par de días; era el temprano aviso del adiós, la última vez que nos veríamos.

Es extraño, pues de todo me imaginé menos estar encerrada en mi casa en medio de una pandemia por un virus proveniente de la China. A eso, sumarle el sinsabor del adiós, ese adiós cantado desde hace tiempo, pero repentino para la comprensión lógica e inmediata de esta extraña dimensión que es el amor.

Estar en cuarentena no es tan difícil, una vez te adaptas al shock inicial del virus, todos los días se convierten en un continuo esperar adaptativo. ¿Esperar que? ¿La cura?, ¿la normalidad de la vida? ¿Morir quizás?, o tan solo enfermar. Esperar que ese virus invisible desaparezca por arte de magia mientras tu vida se desenvuelve en las cuatro paredes de tu cuarto. Esas mismas cuatro paredes que ahora hacen de oficina, de gimnasio, de salón para meditar, de bar y es el espacio en el que lloré cuando él me dijo que no sabía si quería o no continuar. Era un final cantado hace algunos meses, pero para ser más masoquistas, cantémoslo en medio de una pandemia.

Ahora recordaré este final por siempre, quizás eso es lo que más me molesta. Podría escribir miles de artículos rosa al peor estilo de Riso o Coelho, de esos que se encuentran cada cinco segundos en las redes sociales: El adiós en medio del coronavirus; Como sobrevivir al desamor en medio de una pandemia; Síndrome de abstinencia emocional durante la cuarentena.

Eran tantas cosas las que se me venían a la cabeza cuando pensaba en lo que, idealmente, serían mis tiempos de cuarentena: pensaba en aprender a cocinar, hacer un curso de fotografía, meditar, hacer yoga, practicar la rutina de ejercicios de 7 minutos, escribir un minilibro de crónicas o cuentos, tejer pulseras y terminar la fila de libros que tengo guardados y empolvados.

De todo me imaginé menos estar lidiando con esta abstinencia horrible que siento cuando pienso en los momentos que pasé a su lado. Amé cuando nos besamos por primera vez, siempre quise que eso pasara; amé cuando me escribía como diciéndome que quería estar conmigo, que le gustaba mi mundo; amé su inteligencia y las charlas que teníamos; amé las arrunchadas y su manera tan envidiable de dormir profundamente; amé sus rizos, sus besos, sus abrazos, sus lunares con los que tocaba el timbre en su cara. Amé el viaje a Tabio, a Palomino y a Montería, y los otros miles que me imaginé a su lado. Amé su casa, su sencillez, su sabiduría. Amé la pizza, la hamburguesa, los tacos y las alitas de pollo a su lado. Amé las preguntas sobre los almuerzos y comidas. Amé su capacidad de escucha y aguante. Amé el sexo con él y los despertares a su lado. Lo amé, pero nunca se lo dije, tenía miedo de hacerlo y no ser correspondida. Quizás esa era la señal más clara de este, nuestro final cantado.

Odié su silencio, odié este final, odié su pragmatismo y su frialdad. Odié su falta de seguridad, de confianza, odié su falta de credibilidad. Odié al virus, odié la cuarentena, odié mi ansiedad, mi habladería, mi egoísmo, mi ceguera y mis acciones que quizás fueron colmando su paciencia. Odié mi determinismo cuando lo llamé ese domingo a causa de su indiferencia y odié el aburrimiento de nuestra rutina, odié la falta de sexo y la ausencia de besos. Odié la monotonía que consumió la relación y ante la cual ninguno de los dos reaccionó a tiempo.

Lidiar con el desamor en tiempos de cuarentena no es fácil. Tienes que hablar con la pantalla y con el perro para desahogarte. Pasan las semanas sin vida, sin cuentos o anécdotas que contar, salvo aquellas que pasarán a los libros de historia como esta pandemia, la crisis económica que se nos viene encima o el retorno de los animales a este, su habitat de millones de años atrás. Como no conmoverse, e incluso emocionarse con el increíble y esperado respirar de la Tierra, y de repente, en un segundo, como no decepcionarse con este pésimo año que auguraba tener, ese 1ro de enero del 2020, que comenzó pasado por malos tragos y peleas con él y con todos, un mal presagio...

Entonces toda la vida es el virus hasta que se acaba una relación de pareja. Ahora todo es abstinencia. Abstinencia de él, del sol, del viento, de la bicicleta, los árboles, los pitos, de Bogotá, de la guerra, de los muertos. Abstinencia de los viajes, de la comida diferente, del sexo, del alcohol, de la música. Abstinencia de la vida. Solo vives el día y planeas las tardes y noches después del teletrabajo. Escuchar a Cerati, Robi Draco, Pink Floyd, Caifanes y el rock de mi tío rockero y melómano, es puro oxígeno. Leer el Río de Wade Davis es, quizás, el único lugar imaginario que me da aire en este momento cuando recreo en la mente mi viaje frustrado al Vaupés. Los sueños del Chiribiquete me recuerdan a él, pues era el único que escuchaba esos anhelos de viaje a los lugares agrestes a donde espero ir *cuando todo esto pase*. Cómo un monólogo le contaba mis anhelos viajeros que seguramente llegaban a ser tremendamente aburridos para él y hoy son solo ideas frustradas y perdidas en la única verdad actual: la incertidumbre de nuestros días.

En este momento lo más aventurero y emocionante en mi vida no es viajar, tampoco me emociona salir a la calle o hacer el montón de cosas que intento hacer para distraerme; lo más

emocionante ahora es quizás, salir al mercado. Gastar mi dinero en comida, pues no hay otra cosa que llene el repentino vacío existencial que aparece una tarde de domingo cualquiera, incluso sin pandemia, y que sirva como un distractor material en tiempos de cuarentena. Vino, alcohol, jamones, quesos, dulces y paquetes de papas, esas son las drogas de nuestros tiempos. Y la cotidianidad se mueve entre mensajes de WhatsApp, memes, ansiedad, miedo, hipocondría, insomnio, soledad, desamor. Recuerdos, sueños, trabajo y hastío. Sueños, sueños, sueños ... ahí está él, se me aparece todas las malditas noches en ellos. Imágenes distorsionadas, en un café nos encontramos por casualidad, como la canción de Fito... hablando lo que no pudimos hablar por culpa de esta cuarentena. Quizás sueño esas cosas para entender mejor la situación, para darle un sentido a esto y a aquello, o simplemente sueño para darle un cierre a todo o a lo mismo.

Escribo esto ahora, antes que las conexiones neuronales se debiliten y la abstinencia se agote y pase a ser aceptación. Con el pasar de los días eso siempre sucede, en todo fin de relación, y es inevitable y absolutamente liberador. Ahora exteriorizo y regalo estas palabras, pues son mi catarsis del adiós. Yo escribo y eso me ayuda a encontrar ese cierre que mi cabeza anda buscando hace un par de semanas. Y aunque en un principio esto no iba a tener un destinatario, y solo era un mero ejercicio de catarsis y cierre simbólico al estilo de Proffoff, por parte de quien lo escribe, hoy he decidido compartirlo a falta de un adiós cara a cara y de un anhelado último abrazo de esos que parecen interminables.

Pasan los días en medio del encierro, del desamor y del hastío. ¿Hoy es martes? ¿O será viernes? Tiene clima de lunes, pero olor de domingo, todos los días huelen y saben a domingo. Mientras caigo en cuenta que los días siempre han tenido un olor y un sabor característico, recuerdo mi favorito, los sábados. Se ha perdido también este pequeño placer de los sábados entre la monotonía de los días. Entonces, veo pasar las horas en los cuadritos a los que se ha reducido mi interacción con el mundo. Videollamada tras videollamada, correo tras correo, tecleo, tecleo, pantallas, no rostros, soledad.

Tiempo de catarsis: en otro momento buscaría a mis más borrachos amigos e iría a ahogarme en alcohol, como bien lo he hecho en pasados desamores. En esta ocasión organizo videollamadas con esos mismos amigos borrachos. Ya no lo parecen tanto. La abstinencia también los ha llegado a visitar con la lejana ilusión de volver a las botellas y guayabos acogiéndonos a la frase más sonada en este entonces: "*cuando todo esto pase lo haremos*". Una conversación leve con muchos silencios incómodos nos deja ver que nuestras vidas se han reducido a lo mínimo. Carentes de historias y cuentos interesantes, nos preguntamos cosas que ya sabemos, recordamos momentos que ya vivimos, recordamos nuestra vida antes de la pandemia como si nos hubiéramos mudado de país, o incluso, de planeta y planeamos encuentros futuros que no tienen fecha.

¿Cuántas pérdidas se pueden contar en una pandemia? Hoy veo la vida antes de la pandemia bastante lejos. La pérdida de contacto físico, de las amistades, de la cotidianidad, de la rutina,

del viento, del cielo, de los conciertos y viajes- los lujos de nosotros, los quejetas- de un buen atardecer, de una cerveza fría con los amigos, del sexo, del amor.

Si, todos hemos perdido algo, incluso desde la más pequeña perdida para algunos, la rutina; hasta la más grande y dolorosa para otros, la muerte. Una parte de todos nosotros ha muerto este año. Una parte inmensa de nosotros se ha disuelto, se ha perdido. El virus se ha llevado muchas cosas, y eso duele, pero quizás la más dolorosa es tu partida. La cotidianidad y la rutina eventualmente siempre volverán y con ellas, también vendrá el olvido.